

234

recogióse por antes de su llegada en
al punto de vista del milagro y después
liberidad de María, pues quiso primero que
este hombre se curase y después que le hi-
ciese su casa.

CAPITULO X.

EN QUE PROSIGUIENDO LA MATERIA DEL PASADO,
SE CUENTAN ALGUNOS MILAGROS DE ESTA SEÑORA.

Corrió la voz tan viva en todo este Occidente de los milagros de esta Señora, que la venian á ver de todas sus partes á comunicarle sus penalidades, invocando el socorro que daba á los que se le encomendaba. Y así Hipólito Rodríguez, vecino de las minas de Temascaltepec, apretado de un grande trabajo, que lo era por ser de una hija tullida, de ocho años de cama, en cuya cura gastó cuanto tenía. Viéndose sin remedio humano, apeló al divino y determinó

llevar á la tullida á esta Señora y poniendo por obra el viaje, la trajeron en hombros de indios, donde apenas podia contenerse por la flaqueza con que estaba en quien la vida más era dispensada que natural. En fin, llegó á la iglesia y en tan buen tiempo empezó unas novenas desde la misma cama que al tercer día se sentó sola, al sexto se levantó y anduvo por su pié, y al noveno estaba tan sana, hermosa y recia que parecia composicion tan breve, sueño referido, que en los bosquejos de una sombra se pinta lo que no fué, y así pasa imaginado lo que pareció sucedido. Y aunque la deformidad de una enfermedad tan larga se vió sucedida en discurso de ocho años, su mudanza tan repentina que pasó como sueño, borrando con su hermosura los defectos de su enfermedad. Divulgose este milagro por toda la tierra y llegó á los oidos de un don fulano Jimenez, síndico del convento de N. P. S. Francisco, del pueblo de Toluca, hombre muy rico y poderoso y dijo: que muger con quien la Virgen habia usado tamaño milagro, era buena para que él honrase su casa con ella, y así la casó con un hijo suyo, sin reparar en su mucha pobreza, (estorbo que suele no guardar las inmunidades á la nobleza.) Y así la dotó en muchos dineros: siendo este gran milagro como

CAPITULO ALFONSINA

haberla sanado, porque la pobre quedó rica y la tullida sana por intercesion de esta Señora.

Otra muger, de la jurisdicción del pueblo de Tzitácuaro, llamada Gerónima Bautista, estando tullida de ambas piernas y de un brazo, viéndose sin remedio, prometió unas novenas á esta Señora, habiendo ido á cumplirlas, al subir unas gradas que están en las puertas de su iglesia, la subieron dos personas por los brazos y otras dos por las espaldas. El primer dia confesó y comulgó, con que el otro dia volvió á la iglesia más aliviada. El tercero fué por su pié, sin que la ayudase nadie: y al último se sintió tan buena que anduvo por el pueblo: volviéndose á su casa pasó por el pueblo de Túxpam y encontró con el guardian de aquel convento y otro religioso, y refiriéndoles el milagro tiró unas narajas con el brazo que le habia sanado con la destreza que pudiera el vigor nativo. En reconocimiento de este milagro y vínculo de su memoria, se llevó esta muger una camisa de esta Señora, y la tiene con la veneracion que merece, y socorre con ella los mayores aprietos. Y así, pariendo una negra esclava suya á quien querian mucho por su buen servicio: el niño que parió nació muerto; movidas de sentimiento, trajeron la camisita de la Virgen y se la pusie-

ron al cuerpecito muerto, y dentro de tres credos empezó á bullirse y calentarse con que resucitó y vivió ocho meses: obrando Dios por la camisa de su Madre lo que por su profeta Eliseo, que para resucitar el niño de la Sunamitis, fué menester que todo él se encorvase y ajustase sobre el corpezuelo difunto. *Incurvavit se super eum et calefacta est caro pueri.* Pero para resucitar el niño de esta negra, la camisita basta, y así apenas se la pusieron cuando *calefacta est caro pueri*, resucitó.

Juan Rodriguez, natural de la ciudad de Almagro, reino de Castilla, tuvo una pendencia y en ella le llevaron de un taje una oreja y dos arterias de las cuales corria tanta sangre, que parecia se llevaba la vida en los raudales con que se apresuraba. Llamaron á los cirujanos y embotaron su actividad en la presurosa de la sangre y deshauciaron al herido á dos dias de desangrado, por verle ya sin pulsos ni alientos que prometiesen algun alivio. Pero el enfermo, entre los desmayos ó parasismos, pidió una reliquia de esta virgen y le trajeron un puñetito de los suyos, y poniéndolo en la cisura de venas rotas por donde la sangre se desbocaba, al punto se escancó y quedó el enfermo dormido; despues despertó bueno y sano.

Estandose haciendo la iglesia de esta Señora se ofreció subir dos vigas á lo alto del crucero, para cuyo efecto se pusieron dos morillos por donde subirlas, y tirando de la una, se cortaron los cordeles porque era muy grande y despidió con tan gran violencia; que hiciera pedazos á muchos indios sobre quienes iba cayendo, á no detener su furia con las voces y plegarias á la Virgen, que parecian estribos con que la detuvieron en medio del precipicio, hasta tanto que se apartaron y luego al punto cayó estremeciendo á todos los circunstantes, con que le dieron gracias de tan magnífico milagro.

Pedro Fernandez de Mata se partió de estos reinos á los de Castilla á traer una sobrina suya y libró el buen viaje en la intercesion de esta Señora, cuya noticia divulgó por todas las partes donde pasaba. Llegó á las islas Canarias que era adonde iba y embarcóse de vuelta con la sobrina á las indias. Y engolfados ya en mar alta, les dió una tormenta tan grande que ya los tragaba y sorvia; ya los vomitaba y estrellaba en el cielo; y porfió tanto que desconfiando de la vida se confesaban á voces. En medio de ellas se cerró la noche en tinieblas tan espesas que los bramidos del mar y los azotes de sus olas confundian las voces de los misera-

bles afligidos. En este aprieto se acordó este hombre de la Virgen de Tzitacuaro, convocó á todos los mercantes, les dijo sus milagros, exhortó su devocion y pidió que la invocasen para que los librase de aquel peligro. Y apenas la llamaron cuando cesó la tormenta, abrió la noche y quedó la mar en legre confirmando su devocion con milagro tan patente, la cual confesaron á voces en medio de aquellos abismos, como si fueran voces del otro mundo, que rompiendo los muros de las aguas daban gracias á la Virgen de Tzitacuaro por aquellos vientos, pues supieron enfrenarse á la invocacion gloriosa de su nombre. Otros muchos milagros pudiera referir, pero escúsolos por no desabrir la atencion á la brevedad.

CAPITULO XI.

DEL R. P. FR. PEDRO DE PILA.

Fué natural de la Provincia de Guispuzcoa, en el señorío de Vizcaya. Pasó á las Indias y tomó el hábito de N. P. San Francisco en el convento de Tzintzúntzan, cabeza de Michoacan donde aprendió para serlo de todas estas Provincias, con la virtud y religion que resplandeció en todas ellas, como ejemplar vivo de aquellos nuevos fundadores apóstoles de esta iglesia. Diéronsele estudios y salió muy capaz en todas materias, y tan particular en la del gobierno, que pudo dar leyes y quitarlas al Griego ò La-

cedemonio. En el discurso de su vida se esmeró en la pobreza y se dedicó á la enseñanza de los Indios, de manera que parecia que solo para eso habia nacido; y así fué gran ministro en la lengua tarasca, y el Caton Censorino de su República. Y como la doctrina que predicaba iba al compas de sus obras, vino á ser la piedra iman de los indios, y tan dueño de sus voluntades que de los más retirados montes, los atraia al cariño de sus halagos y obediencia de su doctrina.

Con este dominio tuvo aliento de emprender muchas dificultades, que aun estaban radicadas en el vientre de la gentilidad y las desarraigó de suerte, que en todas las partes sospechosas puso el culto divino, con tanta autoridad y aseo que fué freno de afirmar, su vigilancia para que no le profanasen, durando hasta hoy los antiguos esplendores con que enfrenó las ilusiones gentiles que aun resistian á los rayos de la verdad, poniendo mayor cuidado en la ciudad de Tzintzúntzan, porque como cabeza de Michoacan, los humores del cuerpo que todavia estaban revueltos no so subiesen á ella y la hiciesen prevaricar así por ser la gente tanta como por ser recién convertidos y estar todavia en la infancia de la fé. Por eso hizo de nuevo la iglesia tan suntuo-

sa, y grave con convento tan estendido que es lo mejor del reino, abriendo desde el primer cimiento hasta poner el último capitel, sin deber nada al Dórico ni al Corintio. Impuso de nuevo la doctrina, mandando que todos los dias acudiesen á ella. Impuso sus cofradias, con renta, órganos y altares, criando una capilla de cantores que pudieran serlo en la mejor de nuestra España. Dió leyes al gobierno de su república en lo político y popular como pudiera un consul de Roma; y así en las elecciones, repartimientos, censos, gracias y donaciones y en todo lo demas el oráculo era el santo Pila.

Al paso que en los indios crecia el reconocimiento, crecia en él la inclinacion y los deseos de sus aumentos. Y así no solo les dió doctrina y enseñanza, sino templo como es lo que dijimos y otro que aunque menor respecto de este, es mayor respecto de otros grandes, que es el de Tzacapo, el cual sacándolo de aquellos primeros cimientos que abrió y labró el santo Daciano, levantó una iglesia y convento de cal y canto muy grande y costoso. Despues de estas obras fué electo por guardian de Tzintzúntzan y luego hecho custodio para que fuese al capitulo general de Paris, en que salió por general el Ilustrisimo Señor Fr. Francisco de Gonzaga, á

tratar cosas de que necesitaba la provincia, las cuales consiguió con la prosperidad que prometia su gran talento. A la vuelta, pasando por la corte, confirmó el título de ciudad á Tzintzúntzan, y lo trajo con los gozos que un hijo lleva á la madre donativos de su amor. Llegó á Tzintzúntzan, entregole el título, que es el que goza à pesar del tiempo y quedose á vivir en ella. Luego al capítulo Provincial le eligieron todos los votos para pagarle sus merecimientos. Ejercitó el oficio con la prudencia que los demas, hasta que su estrella le sacó del curso ordinario á otro superior en que ejercitase los primores de su prudencia.

prometió otros de no menor prudencia. Fué recibido con sumo gusto de las provincias, por ser hijo de la de Michoacan y por la noticia que tenían de su gran caudal, así de virtud como de saber y prudencia que habia mostrado en todos los oficios. Y así el de comisario general lo ejecutó con el acierto que tenía empeñado en el crédito de su persona. En medio de estos aplausos le vino la cédula de Obispo de Camarines y viéndose entre sus muchos años y la carga tan pesada de su oficio, escogió más el retiro de su pobre celda, que los palacios de príncipe. Y así lo renunció con la deliberacion que debe el que se precia de pobre evangélico; porque los pensamientos del oficio no fuesen incendio que talase la tranquilidad del alma. Con esta celebró el último capítulo en esta provincia en que salió por provincial el P. Fr. Diego Muñoz y después de celebrado, murió en el oficio de comisario general en el convento de Tzintzúntzan donde retornó el cuerpo desnudo al convento que lo vistió del hábito. Y fué cosa digna de memoria que en este convento profesó, cantó misa, fué guardian, custodio, provincial, Obispo y segun nos dejó prometido su buena vida, de él se fué al cielo,

CAPITULO XII.

CÓMO FUÉ ELECTO COMISARIO GENERAL, DESPUES OBISPO Y CÓMO MURIÓ EN SU CONVENTO DE TZINTZUNZAN.

El año de 1589 (1) vino por 16.º Comisario general el P. Fr. Bernardino de San Cebrian de la Provincia de la Concepcion, y regularmente hablando acabaria su oficio el año de 595 por ser seis los del gobierno y entró por su sucesor el R. P. Fr. Pedro de Pila, y por el primero que hubo de estas provincias y el que nos

(1) Torquemada, L. 19, C. 28, foll. 423.

CAPITULO XIII.

DE LA VIDA DEL V. P. FR. DIEGO MUÑOZ.

Quisiera dar á las palabras el sentimiento que generalmente conozca en la memoria de todos los que conocieron á aqueste apostólico varon para que se le supiera apreciar su valor, virtud y religion. Nació en la ciudad de Cholula, dos leguas de la Puebla de los Angeles, en las Indias, de padres nobles y virtuosos. Diéronle enseñanza de letras, hasta que la capacidad, con los años, le habilitaron para que tomase el hábito. Tomólo en el convento de Tzintzúntzan, donde acrisoló su natural con las mejores pren-

das que la virtud retorna á sus profesores; y así fué de un espíritu incansable, porque la desnudez, abstinencia, honestidad y oracion que aprendió en el noviciado, observó todo el tiempo de su vida, perfeccionándose con el tiempo como la naturaleza con el arte. Y fué todo menester, porque corriendo su fortuna tan próspera en los oficios de la religion pudiera ser que cogeara à no estar con el lastre de la perseverancia, y más habiendo llegado al supremo de comisario general, donde las cosas son tan concurrentes, que la menor basta para entrapar el espíritu ó entibiarlo; con todo perseverò tan robusto que se conservó tan inmoble como el escollo en medio de las tormentas; ántes bien, crecia su valor en medio de las adversidades sobresaliendo de ellas como la navecilla de la garganta de las olas. Corrió, pues, su espíritu, viento en popa, más de cincuenta años que tuvo de religion, sin zozobra alguna que desdijese de su primer propósito; anduvo todo este tiempo descalzo, con un hébito roto y pobre, sin que en su vida se pusiese uno nuevo. Todos los dias, así en conventos de comunidades como en las doctrinas y visitas donde estaba solo, rezaba las horas canónicas à su tiempo y el oficio de la Virgen y los maitines à [media noche en que

tenia su oracion mental y hacia su disciplina con el rigor de un anacoreta.

Y como las virtudes internas (dice un filósofo) se asoman por las exteriores: todas las que tuvo este apostólico varon, se le asomaban por ellas à publicar la composicion del alma, porque la exterior era tan honesta y tan rara, que à los que le hablaban los componia y admiraba. Y así fué la persona más venerable que se conoció en estas provincias. Su hablar era poco, pero tan sentencioso y elocuente que hoy se guardan sus escritos como si fueran de un Justo Lipsio, así por su narracion como por la letra, por ser excelente escribano. Fué gran papalista y en los negocios tan expedito y hábil que pudiera fundar archivos. En la memoria fué fecundísimo en quien, como en propia estampa, estaban las historias con la verdad y desengaño que merece su autoridad; y así fué gran sumista y resolvió con gran destreza los casos más difíciles que ventila la teología moral. Con este crédito excedió su memoria los cortos límites de la Provincia y llegó à merecer los oídos de los señores del Santo Tribunal de la Inquisicion, y ciertos de tan iguales prendas à la fidelidad de su ministerio, le hicieron su comisario general en toda la Nueva España, comision à pocos concedida, remi-

tiéndole los negocios de mayor importancia, por tiempo de cuarenta años que obtuvo la comision. Y supo en tan larga digresion cumplir con sus precep os con tan lindo expediente que llegó à merecer la universal estimacion de todos los Estados, así secular como eclesiástico. Tanto que personas de mucha importancia hacian camino al pueblo de Acahuato solo por verle y conocerle donde retirado daba alivio à sus ocupaciones y sus tiempos à la oracion. En esta ocasion vino por comisario general el P. Fr. Alonso de Montemayor, persona en quien las letras y la prudencia tuvieron el mayor crisol que conoció la religion en estas partes y llevado de la universal aclamacion de sus provincias, le llamó para conocerle, y así como vió su rostro tan grave, persona tan venerable y religion tan maciza adornada con una elocuencia soberana, dijo con la misma admiracion que era cosa grande! Y hombres vemos pocos, y cuando venimos à verlos, no sabemos estimarlos.